

## La casa de agua

La guerra en sí nunca me enseñó nada, pero lo que aprendí al cabo de su fin fue que ella, la encargada de cercenar cuellos que tengan la mala suerte de estar en su campo, siempre es ciega. Para ella, no hay ojos azules que apelen a la fraternidad del río, o piel morena que clame de vuelta su parentesco con el sol. Yo, estadounidense de buena casta, nunca tuve por qué estar del lado perdedor.

Me enseñaron que el honor más alto era defender la tierra propia y, por eso, con años de milicia y entrenamiento, no pensé que me avergonzaría al subir al ferrocarril que conducía a la nueva vía de tránsito. Este era nuestro camino dorado para la prosperidad de la nación. Y por supuesto, nunca habría nada de deshonorables en desear enriquecer su patria. Tierras incivilizadas, de primates y natura prehistórica, no iban a perder nada con un canal en medio.

Walker sabía lo que hacía cuando reclutaba a jóvenes tan ingenuos como nosotros, y tan ansiosos de probar su virilidad al embarcarnos para luchar contra los infra continentales. De buena gana, me esmeré por dar lo mejor de mí en cuanto a físico y puntería. Habían muchos más reclutas para esa época, sobre todo después de que Walker anunció que daría 250 acres de tierra pública a los inmigrantes y 100 más si traían a su familia con ellos.

En la vía, comerciábamos lo que nuestro caporal más necesitaba: hombres y provisiones. Entre nosotros, aprendimos a concretar nuestros ideales de gloria americana y, por supuesto, hacer orgullosas a nuestras madres.

Mi apellido nunca me sonó igual después de que llegó a orillas del río San Juan, tenía mi nombre completo tallado en el uniforme: Waterhouse, Lyle. Así, como si fuese un espécimen en vez de un hombre.

Superando un día de militancia interna, abastecimiento de los cuarteles y hacer de centinela, fui a refrescarme a las afueras de nuestra residencia, a orillas de la ruta del San Juan del sur, limitando en Guanacaste. Esperaba una tarde tranquila. Sin embargo entre los matorrales, una fiera anunció su pasar al majar, con sigilo, las hojas de la orilla. Me puse en pie, ajustándome el fusil, esperando dar con un buen trofeo o al menos una buena cena para los muchachos y yo.

La vi pasar a través de los vitrales verdes, su piel se camufló con los troncos, se apoyó de espaldas a uno, y elevó sus ojos negros por encima de una rama, subrayándose para caída mía. Inyectó parálisis en mí, hasta que pude reaccionar, auxiliando mi primer instinto de guardar el fusil y, en vez, extenderle mi mano para que cruzara las piedras resbaladizas.

Dejó revelar su figura, desmechándose de las ramas que antes la acogían. Era una visión de orquídea, con ojos felinos, que me miraban como si supiesen el efecto que causaban en mí. Me entregó su mano, aceptándola para ayudarse a cruzar y me sonrió.

Con su mano libre, sostenía una cesta, coronada de una tela blanca y bordada. Inclino la cabeza, aprovechando para darme un mejor ángulo de sus ojos y batir las pestañas, tan largas que podrían provocar tornados tan devastadores como los de mi tierra en Kansas. Con un delicado gesto, descubrió lo que había en la cesta: una cama almidonada de pan y repostería, que haría del más desconfiado lanzarse a ella con vigor.

Desprendiéndome de la magia del aroma, caí en cuenta de la intención de aquella coqueta mirada, me estaba intentando vender su mercancía. Con cierta decepción, asentí y le pregunté cuanto, con evidente articulación. Ella, al no comprender, me señaló con los dedos una cifra en su moneda. Al llegar a tal impase, me vi forzado a encogerme de hombros.

Ella aceptó mi derrota y dispuso a darme la espalda, pero hubo algo que enganchó su mirada: la punta de mi fusil. Lo contempló con el respeto más denso y con la curiosidad más fogosa, sin un atisbo de terror en su semblante. Comprendí, de inmediato, su displicencia ante mi arma. Sus rasgos se endurecieron.

Levanté las manos en señal de rendición, y le blandí un pañuelo blanco para que fuese aún más claro. Saqué mi fusil y lo sostuve frente a ella. Le mostré algunas municiones sueltas que cargaba en mi bolsillo. La muerte vestida en cromo pareció cobrar otro significado en cuanto estuvo en manos de ella. Con satisfacción, la guardó en la falda de su vestido y me entregó una lonja de pan fresco y caliente. Había cambiado una bala por una hogaza de pan dulce.

Sus dedos apuntaron a su propio pecho, y con firmeza, dijo:

-Mercedes.

Tenía un nombre salvaje y hermoso de pronunciar, a como yo lo hice, ella rió. Fue tiempo, entonces, de revelarles el mío. Se lo dije y lo señalé en mi uniforme, pero no lo comprendió. Señalé el río, entonces, acariciando sus lomas cristalinas.

-Water –luego, junté las puntas de mis dedos, imitando la arquitectura de un techo de una casa –House.

Ella hizo la mímica y me pronunció las palabras: casa de agua.

A partir de ese día, desarrollamos una dinámica en donde, todas las tardes, Mercedes se escapaba de su hacienda para traerme pan dulce, siempre a cambio de una bala cromada. Una vida por una sentencia, solía decir; cuando logré entenderla. Al cabo de un tiempo, la espera se volvió una constante, y su aparición entre el río una bendición.

Mercedes era hija de hacenderos guanacastecos, que derivaba su provisión del río. Si se daban cuenta de que le vendía pan a cambio de balas a un filibustero, serían capaces de tirarse a este, ahogándose en dolor. Por eso, mantuvimos nuestro trueque en secreto. Y este propiamente, fue aumentando de valor. Empecé a cambiarle una caricia por una

palabra, un beso por una levantada de su vestido y una noche por una cesta entera de pan. Todo esto en medio de dos mundos, en nuestra casa de agua del río, escondidos del resto.

Mercedes solía dibujar en la tierra lo que pasaba del otro lado de la vía de tránsito. Dibujaba muerte y miedo. Yo le respondía con escuadrones norteamericanos y nicaragüenses, de filibusteros apropiándose de Granada y Managua y uniendo fuerzas con la tierra, enemistándose con el tal Vanderbilt que traficaba información a los otros ejércitos centroamericanos.

Intenté explicarle a Mercedes que nuestra vía era necesaria para suplir, pero ella no se amistaba con Walker. Lo catalogaba de dictador y esclavista en sus dibujos en la tierra.

Mientras tanto, nuestras batallas aumentaban, pues la tensión también lo hizo del otro lado de la vía. Un día, recuerdo, el general nos mandó a deshacernos de los cuerpos, sin mortaja, que habían quedado en unos de los campos. Por varias semanas, estuvimos echándolos al río. Yo, con desagrado, vi como la casa de agua se atragantaba con cadáveres para vomitarlos en el mar, quedando con su saliva ensangrentada y su lecho putrefacto y pervertido.

Yo era un hombre que había perdido la sensibilidad, para esos tiempos, y nunca pensé en volverla a recuperar. Hubiese sido más sencillo permanecer así.

Mercedes se preocupaba cada vez más por ver nuestro refugio en penuria. La consolé con más balas y, al caer la tarde, las enterrábamos. No me dolía deshacerme de mis municiones, pues yo sabía que no había muchas posibilidades de que me faltasen, ya que preferían soldados al otro lado del San Juan. Pero aun por más pequeño que fuese el gesto, al enterrarlas, un peso en los hombros se liberaba.

Un día de esos, la esperé cerca de la hacienda, pero no llegó. La luna se desnudaba y los mosquitos zumbaban más, pero no había vestido que imitase una flor, apareciendo entre la bruma. Al día siguiente, tampoco lo hizo.

Afortunadamente, mi imaginación nunca fue tan vívida como para pensar que se había conseguido otro soldado, o que se había aburrido de mí. Combustioné mi instinto de verla, y me fui a buscarla a la hacienda.

Los señores dueños se asustaron al verme, con el fusil al hombro. Con las mismas señas que le había hecho a Mercedes cuando la conocí, les dije que era pacífico, pero la intimidación que provoqué me sirvió para que me diesen la información que necesitaba. La madre, enrabiada, no temía de mí, contraria al marido. En cambio, parecía querer que yo la matase, lanzándome gritos y piedras al encaminarme a un establo, en donde me señalaron, estaba la muchacha.

Cuando llegué, la Mercedes fiera y dulce ya no estaba. Estaba hecha un capullo entre sus ropajes. El rostro lívido estaba seco y sus ojos negros estaban hundidos. Tenía descoloraciones moradas en los labios, y resultó lo más pigmentado de su apariencia. Corrí a echarme a su lado. Tenía miedo, pero ella también. Quizás ya no podía mostrarlo

por la debilidad, pero por eso, tuve que fingir que estaba contento de verla, de que no sentía más que alegría por sostenerla en mis brazos.

Sus ojos se cerraron momentáneamente y aproveché para limpiarme las lágrimas. Había vomitado en sus comisuras y el lugar hedía con la intensidad de un matadero. Supe que debía sacarla de allí, al único lugar en donde iba a poder estar tranquila.

Me la cargué a los hombros y, con pesadumbre, caminé hasta nuestro refugio. Como había perdido la noción de sus sentidos, aproveché para gemir contra los vientos y llorar a lágrima viva, cargando mi flor marchita por los campos. La gente hablaba mientras me veía, por eso procuré correr a ocultarnos del ruido mundanal.

La reposé en el lecho del río maldito, apartándole los mechones negros, satinados de sudor, del cabello, que se le pegaban a la piel como hiedras. Su piel amarillenta reflejó la luna y sus manos tremolaban. Se movió sólo en reflejo para terminar de vomitar en el río y la sostuve contra mi pecho, intentando contener su cuerpo convulsionante. Hasta que dejó de moverse.

Lloré hasta que su cuerpo se enfrió. No dejé que la llevase el río, cual Ofelia exhalante de último suspiro, pues nuestra casa ya no era nuestro refugio, había sido profanado por las órdenes de Walker. No, a ella la enterré cerca de allí, para que estuviese en pleno reposo de manantial.

No me acerqué a la hacienda por semanas, pues aparte del dolor que me causaba, las riñas habían aumentado. Solo después agrandé mis desdichas, sabiendo que mi Mercedes había sido arrancada de mí por el cólera, que nosotros habíamos propagado con los otros cadáveres que en las aguas del río se habían esparcido.

Juré que su muerte no iba a ser en vano y, en mi último día en los cuarteles de San Juan del Sur, robé unos cincuenta fusiles y más de veinte cajas de municiones, lo cual no iría a ser mucho para ellos. Pero para mí, iba a hacer una diferencia. Cincuenta fusiles iban a ser más de cincuenta lonjas de pan fresco. Saqué mi botín en las carretas de los padres de Mercedes y les entregué las armas.

Poco después supe que los primos de Mercedes, enfurecidos por su muerte, utilizaron mi regalo como incentivo para participar en la Campaña Nacional, haciendo justicia de su muerte, la cual nunca me cansaré de cargarme a los hombros.

Años después, con descendencia costarricense, con piel tan morena como fue la de ella un día de mi juventud, me gozo en la panadería que asentamos en el norte de Guanacaste, que sus panes valieron lo que muchos no querrían ni imaginarse, y que las balas que mataron a sus enemigos, me costaron una orquídea de ojos negros y repostería de la que solo se haya, cerca de las aguas del San Juan.